

SOBRE EL CRISTAL

M^a Carmen González Rubio
(Universidad de Alcalá)

Sentados frente a frente en lo más apartado de aquel bullicioso local, ella le miraba con desasosiego como siempre que aquella extraña mueca aparecía en su rostro.

-Voy yo por los cafés- dijo, levantándose con brusquedad queriendo con ello romper el encanto en que él parecía sumido.

- ¿Eh...? ah, sí... bueno.

Sus ojos recorrían con nerviosismo cuanto ante él se hallaba. El atasco, lagante, todo se apresuraba. La lluvia caía con fuerza ahora. Se sentía reconfortado. Veía fuera lo mismo que sentía dentro de sí. "¿Qué es eso del cristal?". Se inclinó un poco. Pasó su índice con suavidad sobre una desdibujada silueta de carmín. "Es un beso... un beso helado". Alguien había sellado su cálido deseo sobre aquel frío amante. Con la mirada fija en aquel curvo perfil, un susurro casi imperceptible acarició su tristeza. "¿Alguna vez no ha sido así? Se besa con irrefenable pasión insensibles seres, reflejos inertes, cristales, de diversas transparencias que incluso él mismo...".

- Ya estoy aquí - Era ella, se acercaba buscando torpemente cierto equilibrio para no derramar el contenido de las tazas. Lo intentaba sin conseguirlo, como tampoco lo había hallado en otras cosas de la vida. - ¡Ayúdame, hombre!. Que te quedas ahí sin hacer nada.

- ¿Eh? - Reaccionó-. Perdona, estaba despistado.

- Siempre lo estás, nunca has prestado atención a algo más que no fueran tus propios pensamientos. Yo, menos mal, que ya estoy acostumbrada a ...

- ¡Por favor, no empecemos!. Tan sólo recordaba.

- ¿Y puede saberse qué recordabas? No me gusta cuando te poner así, sabes muy bien que...

Estaba nerviosa, en momentos así le daba la impresión de que él no fuese real, que ni tan siquiera se hallase allí. Y es que hacía largo tiempo que, erizado el mundo, buscaba torpemente dentro de sí no sabía qué.

- ¡mujer, tranquilízate!.- Hizo una pausa.- Sólo..., sólo pensaba en un amigo. Bueno, un conocido de hace muchos años - dijo lentamente con voz apagada.

- ¿Lo conozco yo?,

- No lo sé -dudó-. No, seguro que no. Fue mucho antes de conocernos nosotros.

Sí mucho antes, así era. Y además bien se había cuidado él de que nunca sospechara lo más mínimo. Había que encubrirlo como fuera. Aquello formaba parte de su infranqueable mundo interior, al que nadie, ni tan siquiera a veces él, tenía acceso.

- ¿Y por qué pensabas ahora en él?.

- Pues... -No sabía qué decir-, pues... porque lo he vuelto a ver aquí, en Sevilla, aunque muy de vez en cuando. Éramos buenos amigos, aunque discutíamos siempre. Desde que ambos tuvimos uso de razón. Pero un día, nos enfrentamos de veras y...

Estaba mintiendo y ella lo había notado. La lluvia y aquellos labios rojos sobre el cristal habían sido la verdadera causa de que un torrente de recuerdos inconexos se precipitasen allí dentro buscando cierta lógica.

- ¿Y por qué os enemistásteis?

-

- ¿Me has oído? ¿Que por qué

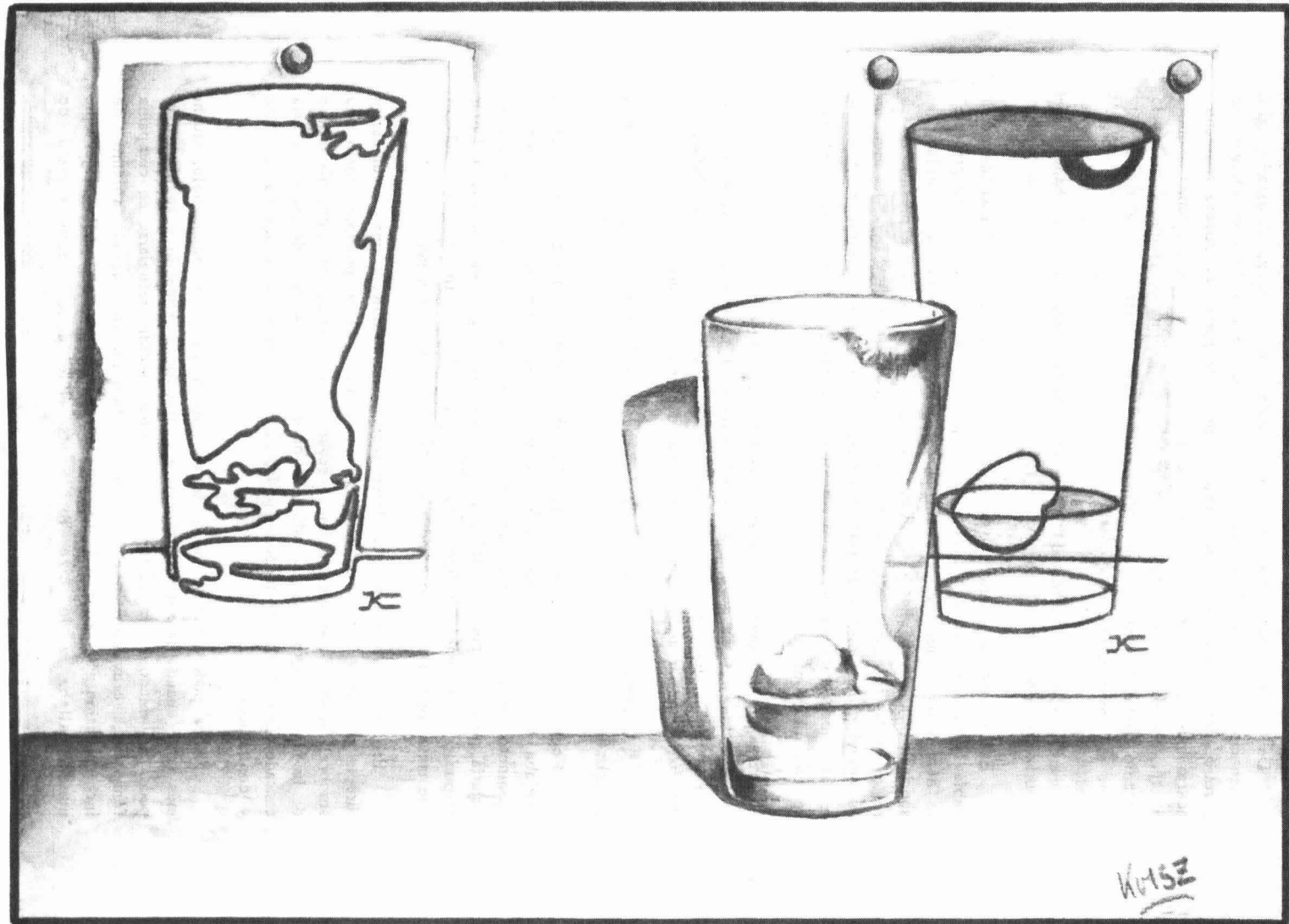
- Te he oído, sí. Es que... no recuerdo bien, creo que fue por... una mujer... bueno, una muchacha.

- ¡Vaya! De lo que se entera una después de veintisiete años de casados, ¿o son veintiocho? -Sonrió burlonamente.

- Era una niña... Ya sabes una de esas chiquillas sin importancia... una tontería. Casi medio siglo, medio siglo... - Se entristeció.

- Sí, te entiendo. Te entiendo. Chiquilladas sin importancia no nos han faltado a ninguno. Recuerdo...

No, aquella mujer no entendía nada, ¿qué iba a entender?. Nada conocía, nada amaba, nada valía para él. Ella hablaba, él se perdía de nuevo en su pasado. Caía la lluvia con rebeldía aquella tarde, era divertido. Corrían en todas direcciones, el primero que llegase a lo más alto obtendría el dinero apostado. Entró en un oscuro portalón y jadeando vió como el resto se alejaba deprisa.



De repente algo recorrió su espalda con rapidez. Asustado, giró violentamente sobre sí. Ella estaba allí. Se le acercó con decisión, obligándole a retroceder hasta el sentir el contacto frío de la pared. Le miraba fijamente, acariciándole con nerviosismo, reteniéndole por la cintura fuertemente junto a ella. Su rostro, sus labios rojos le besaron y aquel excitante contacto le sacudió hasta el punto de que, allí dentro, algo le forzó a desasirse de ella como por instinto. Quedó inmóvil.

- ¿Qué te pasa, Armando? Creí que... sentías algo por mí. -Musitó con ruborizada confusión.

Eso mismo se preguntaba él. Lo intenso y precipitado del encuentro le había bloqueado. "Arranca a la vida las pocas satisfacciones que te presente" le habían dicho mil veces y sin pensarlo respondió con una complaciente sonrisa. Ella avanzó hacia él desabrochándose la blusa. La expresión de su rostro y la agradable presión de quel cuerpo contra el suyo, le hicieron comprender que tendría acceso al núcleo mismo de su feminidad. Aquellos labios rojos abrazaron de nuevo los suyos con mayor ímpetu y sus contornos se confundieron.

Esta vez fue peor, porque apareció ante él, le vió, creyó verle y, si no fue así, al menos estaba seguro de haber sentido su presencia. "Está aquí" -se dijo al tiempo que echó a correr, saliendo de la oscuridad a la luz incompleta del día, sin mirar atrás, como enloquecido de furia y miedo.

- ¡Armando! Pero bueno, ¿me escuchas o no?. Hablar contigo es siempre un monólogo...

Regresó violentamente a aquella abrumadora realidad. "¿De qué se quejaba ahora aquella mujer?". Se hallaba francamente sobresaltado, pór un momneto creyó que había estado pensando en voz alta. ¿Es que nunca le dejaría poner un poco de orden allí dentro?. Se preguntaba sin querer hallar respuesta cómo había podido vivir, o mejor dicho, existir junto a aquel ser que creía conocer tan bien como a sí mismo, o tal vez... tan poco.

En su vida sólo una vez deseó febrilmente establecer una comunicación directa al centro mismo de otra existencia. Pero, él se precipitó como una sombra, imposibilitándole cualquier reacción. Lo centralizó todo, aislándose de lo normal. ¿Quién se escondía tras de sí?. Había sentido demasiado y está cansado. Deseaba hallar un poco de lógica en lo irracional de aquella atracción y contradicción.

Nunca pudo renunciar a él, le antepuso a cualquier mujer. Sólo, mucho más tarde cuando la soledad empezó a atormentar a Armando y se impuso el poder del miedo a ser diferente a los demás, decidió refugiarse en compañía femenina, creyendo que eliminaría fácilmente aquel abismo de incomprensión. Se aferró al matrimonio, quiso amar a aquella mujer que nunca callaba y lo hizo torpemente. Fue aquel vacío repleto de

insatisfacciones, lo que le arrastó irremediablemente hacia él, lo único real en aquella hostil fantasía.

- ¡Armando!. ¿Te encuentras bien?. Está muy pálido.

Observándole detenidamente, se diría que allí dentro algo se había desencajado a destiempo. Aquel no era un hombre, sino un campo de batalla en que las victorias y derrotas se sucedían continuamente. Quería comprender por qué él, su otro yo, le agobiaba con su leal amistad, fortaleciéndole al tiempo que el asfixiaba, asesinándole al demostrarle crudamente que él también se hallaba desprotegido sobre el cristal.

- ¡Armando!. ¿Me escuchas? No aguanto más, me voy a casa.

